

NIETZSCHE: LA ÉTICA DE LA EXIGENCIA TRAS LA MUERTE DE DIOS

Zaratustra ha cambiado, se ha hecho niño, Zaratustra está muy despierto. ¿Tienes tú, acaso, algo que ver con los que duermen?

FRIEDRICH NIETZSCHE.

● **A**nuestro modo de ver, la de un *niño* despierto e inocente es la actitud de Zaratustra cuando va al encuentro de los hombres y da a conocer la necesidad de estar *más allá* de los valores convencionales, para que cada hombre tenga la capacidad de realizar sus proyectos y afirmarse sobre la tierra.

Zaratustra se coloca en el puesto de un profeta y su mensaje es la *buena nueva* que trae al mundo, que pondrá en el mundo; la doctrina que predica señala que ningún dios la preside y no anuncia otra verdad que la verdad sin verdad de la vida.

No obstante, para poder obtener la inocencia y alcanzar la inmediatez de la existencia es menester destruir, derrocar toda imaginación alienadora de lo eternamente verdadero-divino hasta en sus más alejados y profundos recuerdos. En este sentido, el *niño* trae consigo el *amor fati*, es decir, la afirmación de lo que sucede tal y como sucede en su necesidad misma. O para decirlo con Nietzsche:

Amor fati: sea **éste** en adelante mi amor. No quiero hacer la guerra a la fealdad. No quiero acusar, ni siquiera a los acusadores. Sea mi única nega-

ción apartar la mirada. Y sobre todo, para ver lo grande, quiera en cualquiera circunstancia no ser por esta vez más que afirmador. (Nietzsche, 1984: 133)

Referido a lo anterior, el *amor fati* requiere el *si* incondicional, sin negación. La grandeza del hombre queda cifrada en la capacidad de amar al destino y concebirse a sí mismo como necesario; requiere del amor para aprobar los hechos.

Donde más claramente se deje entrever esto es en su obra *La voluntad de poder*, cuando afirma lo siguiente:

MI NUEVA VÍA HACIA EL "SÍ". La filosofía, tal como yo la he entendido y vivido hasta ahora, es la investigación voluntaria de los aspectos, aún los más detestados e infames, de la existencia. Por larga experiencia que semejante peregrinación a través de los desiertos y glaciares me dio, aprendí a mirar de otro modo todo lo que hasta ahora se ha filosofado: púsose en claro para mí la escondida historia de la filosofía, la psicología de sus grandes hombres. "¿Cuánta verdad soporta, cuánta verdad "osa" un espíritu?", éste fue para mí el verdadero criterio de los valores. El error es una cobardía[...] Toda conquista del conocimiento es consecuencia del valor, de la dureza consigo mismo, de la pureza para consigo mismo[...] Tal "filosofía experimental", como yo la vivo, anticipa incluso, a modo de tentativa, la posibilidad del nihilismo sistemático: sin querer decir con esto que se detenga en una negación, en el "no", en una voluntad de negar. Más que esto, lo que quiere es penetrar hasta lo contrario –hasta una afirmación dionisiaca del mundo, cual éste es, sin detracción, ni excepción, ni elección–, quiere el círculo eterno: las mismas cosas, la misma lógica e idéntico ilogismo del encadenamiento: ser dionisiacos frente a la existencia: mi fórmula en este punto es "amor fati". (Nietzsche, 1996b: 384)

El nuclear concepto nietzscheano *amor fati* adquiere un matiz significativo si se le considera como la entrega a la situación nihilista, a su aceptación total; lo concibe como la aceptación de la trágica

situación que se ha tornado absurda y sin fin alguno; esa situación sella la ruptura con el orden trascendente basado en la idea de Dios. Así pues, en el fondo, el *amor fati* es un entregarse a la situación nihilista, a la aceptación total de la nada y, más aún, a la fascinación de la nada. Propositiones semejantes, como podemos leer en *Ecce Homo*, las encontramos en la siguiente descripción:

Mi fórmula para expresar la grandeza del hombre es amor fati (amor al destino): el no querer que nada sea distinto, ni en el pasado, ni en el futuro, ni por toda la eternidad. No sólo soportar lo necesario, y menos aún disimularlo –todo idealismo es mendacidad frente a lo necesario–, sino amarlo (Nietzsche, 1996a: 54).

Así, este amor de tipo totalmente nihilista da un salto más allá del nihilismo incompleto (inconfortable, angustioso, terrible, pasivo), para situarse en la culminación del nihilismo; es decir, en la superación de la nada.

Visto desde la alegoría de *las tres transformaciones*, todo depende de si se consigue transformar la heteronomía inicial del *tú debes* (camello) en la autonomía de una aceptación. Sin embargo, el *yo quiero* (león) prefiere querer la nada a no querer; carece de esa dualidad del querer y lo querido; por ello, tiene que continuar superándose hasta terminar en el *yo soy* del *niño*, de aquel que ha apurado en sí el nihilismo y que consumidor es también superador.

Según nuestra comprensión, *Así habló Zaratustra* da una idea muy importante del hombre para la ética contemporánea, precisamente porque Nietzsche deja atrás toda trascendencia e idea racionalista enaltecedora del *tú debes*, del deber (Kant) sobre el hombre. Muy por el contrario, propone un cambio y la comprensión terrenal del actuar humano. En esta obra sobresale el afán de autodefinición, de autoconciencia, del límite o la decisión entre el "bien" y el "mal".

Ciertamente, el hombre trae consigo el vacío y la carencia, y el conflicto dentro de sí. Su ser es posible, indeterminado y siempre tendente a la responsabilidad, a la autonomía. La filosofía

nietzscheana no niega toda autoconciencia, sino sólo la que se somete a esa fría razón; no desprecia la renuncia y el límite propio de la ética, sino que rechaza la renuncia que se presenta en la abnegación; no hace a un lado el afán de ir más allá de la naturaleza. Desprecia únicamente la que se propone ir en contra del placer: del deseo, en suma. Sólo rechaza la alternativa que desprecia esta vida, que desacredita la tierra y le confiere el mal, el error y la imperfección.

Asimismo, resalta en esta obra la mirada de la reunión de los contrarios. Recordemos que desde su primera obra, *El nacimiento de la tragedia*, la idea del hombre se presenta como la de un ser totalmente libre e indeterminado. Apolo y Dionisos son fuerzas opuestas que, sin embargo, se necesitan mutuamente; son dos rivales que viven en armonía. Mediante esta fusión de Apolo y Dionisos, el hombre es ser y no-ser, conciencia e inconsciencia, cultura y naturaleza, libertad y necesidad: el hombre se identifica con el todo, se funde con los otros, con la plenitud y eternidad del cosmos; el hombre lleva consigo el no-ser, el vacío; dentro de sí la ambigüedad y el conflicto; su ser es contingente o posible.

Dicho en otros términos: la tensión ética se manifiesta ontológicamente en el ser mismo del hombre, y no únicamente en las posibilidades o alternativas a las que se enfrenta con frecuencia; dialécticamente, no sólo como unión de contrarios, sino como lucha-armonía, razón por la cual, la tensión mantiene la contradicción entre ser y no-ser, entre libertad y necesidad, entre individuo y comunidad, entre amor y odio, entre lo nuevo y lo viejo, entre paz y guerra; tensión en la que éstos permanecen fusionados sin disolverse uno en el otro: ambos aspectos son inseparables, recíprocos.

Nietzsche propone una concepción que intente comprender el esfuerzo, la lucha y el conflicto entre el "bien" y el "mal" desde nuestra condición terrenal. Su pensar está orientado hacia una concepción capaz de reunir, en el placer y el sufrimiento, la satisfacción del "yo" y la renuncia.

Desde luego, es innegable que hay en Nietzsche un aporte ético, que implica un rechazo a la abne-

gación y abre las puertas a una nueva perspectiva ética-filosófica, en cuanto que contribuye a la práctica alegre, feliz, de la libertad, siempre alzando la voz del *sí* a la vida y de la superación del individuo, a pesar de sus contradicciones, y, por consiguiente, rechaza la abnegación de la terrenalidad y de la satisfacción del "yo", en contra de toda forma de idea suprasensible, como la moral judeocristiana que desprecia la tierra en función del orden basado en la idea de Dios. Aquí se coloca Nietzsche en violenta oposición con la tradición occidental.

De acuerdo con este enfoque, la gran diferencia de Nietzsche y la ya vieja y tradicional concepción platónico-cristiana, que conlleva a un descrédito de la inmanencia por su carácter material, temporal, finito y contradictorio, es la afirmación incondicional e ilimitada que no condena la vida, precisamente porque ésta implica finitud, muerte, error y sufrimiento, sino, tanto o más, la dignifica.

De esta forma, el primordial problema ético está en la contraposición entre el "anuncio" de un nuevo sentido para el hombre —marcado en el Zaratustra— y la propuesta nihilista de la carencia de cualquier valor posible. Para fundamentar esto es necesario no perder de vista el apartado de los estadios nietzscheanos.

Ahora bien, en nuestra interpretación del *niño* consideramos que Nietzsche recupera los aspectos promisorios del superhombre creador para la vida ética, pues su voluntad se manifiesta en el siempre querer, en la valentía, en la autoafirmación, en la autonomía, en el crecimiento, en la creatividad, en el egoísmo sano: amor a sí mismo, goce y realización del ser; no es, por el contrario, abandono de sí, degeneración, mediocridad, miseria existencial o cobardía.

Desde esta perspectiva, el *niño* es una posibilidad para superar la nada que tiene un propósito primordial: dar un nuevo sentido al ser humano. Dicha posibilidad daría respuesta a la pregunta ¿cómo es posible la existencia de la ética más allá de aquél que fue la síntesis de toda verdad y de toda realidad?

Veámos que, desde esta perspectiva, la alternativa latente de una vida realmente nueva y mejor es una alternativa de innovación y de creación, o como sería más correcto decirlo parafraseando las palabras del apóstol de la muerte de Dios: *...los que nazcan después de nosotros pertenecerán, a causa de ella, a una historia más elevada que lo fue nunca historia alguna.*

Aunque también es significativo que el *niño* equivalga a un *santo decir sí*, en cuanto que ha superado la actitud del *león*; es decir, tener que estar en contra permanentemente. Por tal motivo, la vida que el *niño* construye y recrea es muy valiosa, precisamente por el hecho de que se vive completamente afirmado en la tierra.

Sentado lo precedente, es perfectamente comprensible que el *niño* –superhombre creador– ha suprimido la alienación reemplazando a Dios, y recuperando así sus propiedades. Es entonces cuando la humanidad ocupa el lugar de Dios: recupera o se apropia de lo divino como su propio bien o su esencia. El ser humano pasa a otra dimensión, ha cambiado: se ha hecho Dios, y, de igual modo, Dios también cambia. La esencia de Dios se ha convertido en la esencia del ser humano.

Al mismo tiempo, el superhombre creador es un ser distinto al individuo del pasado y del presente –*el más feo de todos los hombres*–, pues adopta una forma nueva de pensamiento, ya que lo divino es una manera más de conservar al hombre y de conservar la esencia de Dios. Así por ejemplo, no hace un simple cambio de valores, sino un cambio y una inversión en el elemento del que se deriva el valor de los valores; es decir, una real *transmutación de los valores*.

En esta acentuación, el *yo-soy* del *niño* es un *santo decir sí*, ya que, en definitiva, no está impuesto por los valores milenarios; ni mucho menos por el gran *dragón*. Al mismo tiempo, el *niño* es pleno y nunca acabado, sino tanto o más, es realización continúa; su voluntad de poder significa vida ascendente. Pero esta superación de sí mismo

no tiene aquí un sentido ascético; es precisamente lo contrario de ello. La vida posee una

tendencia a ascender, crea productos de poder y no se detiene jamás en esta tarea. Es, por su esencia, inquietud, movimiento; pero no un movimiento lineal, que no se trasciende nunca a sí mismo [...] Se parece, antes bien, a una torre inmensa, que cada vez se levanta más alta, que crece y crece: cada posición alcanzada se convierte en un trampolín para dar un nuevo salto. La vida no es una corriente que lo abarque todo; sino, más bien, la lucha constante y el antagonismo de todo existente individual contra todos los demás. (Fink, 1976: 95)

A ello cabe agregar que el *niño* ejerce su propia libertad, y cuando se es libre, se es también creador y dueño de sus proyectos, o de manera análoga, como afirma Juliana González, es *ego creator* (González, 1996. [en especial el capítulo que lleva el mismo título que la obra]). De ahí que

La libertad genera la afirmación del individuo y la afirmación de la vida. Los actos auténticamente libres implican una elevación, un crecimiento, es decir, conllevan a la victoria de la vida dinámica y plena [...] Y el individuo cósmico, el superhombre, ama decididamente la vida. Ética y vitalismo coinciden en el filosofar afirmativo. (Sagols, 1997: 153)

De acuerdo con esta naturaleza, el *niño* siempre ha de atreverse a crear su propia vida sin dependencia de nadie y emprender el largo camino de sí mismo. El superhombre creador –*niño*– asume su creatividad y puede saber lo que es el “bien” y lo que es el “mal”. Zaratustra lo dice lapidariamente:

¡Nadie sabe todavía qué es bueno y qué es malo!
¡Nadie, excepto el creado! Mas éste es el que crea la meta del hombre, el que fija a la tierra su sentido y su futuro. Sólo éste crea el hecho de que una cosa sea buena y una mala. (Nietzsche, 1992: 221)

Para el superhombre creador, la ética consiste en la fuerza vital de sí mismo. Esta fuerza conduce a realizar otras virtudes, tales como la veracidad, la integridad, la fortaleza y la valentía, entre otras. Aquí convendría precisar que el *niño*, tras el asesinato de Dios, obtiene su propia libertad, acepta la

caducidad y, por ende, su propio fin. Recordemos que el conocimiento del nihilismo sólo se logra en la medida de su aceptación; depende todo de cómo se eleva esa nada a contenido ético, de si se le acepta con su inanidad o la volvemos a perder de vista.

Incluso, Nietzsche espera el punto de arranque como un acto de amor de tipo nihilista: *amor fati*. Este modo de amar se practica como un apartar la mirada de. Este tipo de amor se desprende de su propio objeto de atracción –del mundo ideal– para dirigirse decididamente a la felicidad que descansa en la tierra. Con esto, el *amor fati* adopta su punto de apoyo en la situación nihilista que se aproxima a una decisión existencial.

Esta mirada primeramente teórica exige su inmediata transformación en una serie de proyectos que incitan a su asimilación práctica al proponer la autofundación de la nada como posibilidad de un acto existencial: el amor al destino se halla enderezado a la superación práctica de la nada, pues su aceptación transforma el nihilismo pasivo –incompleto–.

En pocas palabras, la primera fase del nihilismo incompleto –pasivo– es el comienzo de la entrega existencial como destino del acontecer de la época, y es el único capaz –según Nietzsche– de llevar realmente el nihilismo a su perfección y, por ende, a la certeza de una nueva aurora.

Además, el nihilismo es concebido como un estado crítico, intermedio; es decir, para alcanzar el objetivo desde lo negativo, como una afirmación nueva de algo que sólo se alcanzaría en el futuro. Ese “algo”, por supuesto, no estaría ya asentado en aquel sospechoso “fundamento”.

Nietzsche es un espíritu afirmador; pero su afirmación sólo está mediada por la negación. Comprobante impresionante de ello es su doctrina de las tres transformaciones del espíritu puesta de relieve en el Zarathustra. La tarea del *niño* es crear valores y el criterio de éstos para que afirmen la vida, y la tierra. Así, la alcanzada interioridad se manifiesta como un aceptar y adentrarse en la nada; como aceptación de la terrible situación-problema que se ha tornado absurda y sin sentido.

De ahí que la libertad conseguida por el *niño* se realiza en el proyectarse a nuevas posibilidades futuras, finitas y temporales; razón por la cual el superhombre creador es la esencia y sentido de la tierra, liberado de todas las ideas metafísicas y transmundanas. Para el autor de *El Anticristo*, el mundo sensible constituye la auténtica realidad.

Entendidas las cosas de esta forma, la aceptación de la monstruosa situación caracterizada por el absurdo y la falta de sentido confirma la ruptura con el orden del mundo basado en la matriz divina, con lo cual, se prepara el escenario para situarse, por medio de decisiones autónomas, en la tierra, más allá de la *vieja confianza*.

Afirmar esto significa que el *niño* hace de la muerte de Dios una tarea práctica, pues no mira revisando el pasado, no vuelve la vista atrás, sino, tanto o más, afronta valientemente lo desconocido, al que se entregó ya con la caída del vigilante y juez sobre el mundo.

A primera vista, el interrogante sobre la situación manifiesta después del asesinato de Dios no se revela únicamente por el camino de la reflexión; al contrario, cuando más nos adentramos en la dimensión nihilista, reclama la acción del hombre directamente; es decir, si en un principio se presentó como un problema teórico, se convierte ahora en una tarea práctica. La repercusión de la muerte de Dios no se resuelve teóricamente, sino por las derivaciones prácticas a que lleva la destrucción del pensamiento moral cristiano.

Ahora bien, Nietzsche no sólo aniquila a Dios y a todas sus manifestaciones –supuestamente verdaderas y absolutas–, también intenta dar un giro: el de inventar un nuevo mundo; tarea que le corresponde al superhombre creador. Así, el *niño* se enfrenta y vence el temor a la nada, a la orfandad, al sin sentido causado por la repercusión del asesinato de Dios: el nihilismo. Por el contrario, el superhombre creador asume la pluralidad de fuerzas de la voluntad de poder y las organiza de acuerdo a sus metas; o como dice el plan descrito en el Zarathustra:

¡La vida misma quiere edificarse hacia la altura, con pilares y peldaños!: hacia lejanos horizontes quiere mirar, y hacia una dichosa hermosura – ¡por eso necesita altura! Y ya que necesita altura, necesita de peldaños y de la contradicción entre los peldaños y los que suben. Subir quiere la vida, y, subiendo, superarse a sí misma. (Nietzsche, 1992: 221)

Coherentemente con todo esto, la voluntad de poder del *niño* aparece como creativa y alberga en su interior el conflicto ético, precisamente porque entraña la negación, el vacío, el devenir y, por ende, el dinamismo de la libertad.

De este modo consideramos que a la vida ética le es inherente el conflicto o la alternativa entre dos opciones diferentes: entre lo más conveniente y lo no conveniente; y esta posibilidad se da gracias a que el ser mismo del ser humano es duelo entre lo real y lo posible, entre necesidad y libertad (naturaleza y cultura; cuerpo y alma; entre pasado, presente y futuro), y entre individuo y comunidad o soledad y comunicación. Es decir, a la ética le es tan esencial la libertad como el reconocimiento del carácter comunitario del hombre.

La ética de Nietzsche refiere la historia y la naturaleza al hombre, el cual sólo se edifica, crece y se fija en el futuro. Todo esto conjugado y relacionado forma la teoría del superhombre, la proclamación de la suprema posibilidad del hombre, objeto de la crítica nietzscheana. La obra completa de Nietzsche es una invocación a *espíritus libres*, a humanos demasiado humanos del futuro.

Por lo que hemos dicho hasta aquí, resulta evidente que lo decisivo en *Así habló Zaratustra* es el *sí* incondicional a la vida en su integridad contradictoria. Para Nietzsche, el mundo inmanente está situado *más allá del bien y del mal* por el hecho de ser inocente. En todo el pensamiento de Nietzsche se encuentra su amor por la vida.

Todo lo anterior nos lleva a la conclusión de que el sentido de la exigencia de Nietzsche de la muerte de Dios debe traducirse en una gran renuncia y en un permanente triunfo sobre nosotros mismos; así es como hay que desarrollar hasta el fin

la concepción de Nietzsche. De ahí que Nietzsche se autollame *el primer nihilista perfecto* (Nietzsche, 1996b: 15). Merece especial atención el fragmento de *La gaya ciencia* titulado "Excélsior", el cual establece la renuncia del hombre que se ha quedado sin Dios; la resistencia a aquello que es designado aquí la más inquietante tentación.

¡Excélsior! «¡No volverás a rezar jamás; no volverás a adorar, no volverás a descansar en una confianza ilimitada; te negarás a detenerte ante una sabiduría postrera, una última bondad, una última potencia y a desenjaezar tus pensamientos –no tendrás guardián ni amigo que te acompañe en tus siete soledades–: vivirás sin ir a esa montaña, nevada en la cumbre, con fuego en las entrañas; no habrá para ti remunerador ni corrector que dé la última mano, ni habrá tampoco razón en lo que acontezca, ni amor en lo que te suceda; ¡tu corazón no tendrá asilo para su reposo! Te defenderás contra una paz última, querrás el eterno retorno de la guerra y la paz; hombre del renunciamiento, ¿renunciarás a todo esto? ¿Quién te dará fuerza para ello? ¡Hasta ahora nadie ha tenido esa fuerza!» Hay algo que un día quiso desbordarse. Se construyó un dique en el lugar por donde se derramaba: desde entonces el nivel del lago se eleva cada día más. Quizás aquel renunciamiento nos dará la fuerza necesaria para soportar el renunciamiento; quizás el hombre se elevará más cada día desde el instante en que deje de desbordarse en el seno de un Dios.

(Nietzsche, 1984: 137-138)

Las afirmaciones anteriores nos obligan a afirmar que el *niño* es la única posibilidad de vencer al máximo-divino y de superar la nada. Y, sobre todo, desde el punto de vista de su tarea positiva, todas las intenciones críticas de Nietzsche encuentran su unidad.

En rasgos muy generales, nuestra afinidad con el pensamiento de Nietzsche no está sin embargo en haber tenido una lúcida conciencia del fenómeno, ni tampoco en haber provocado con su crítica la caída de todos esos valores milenarios –el ase-



sinato de Dios—, sino en no haber visto en todo ello algo negativo, y, por el contrario, profundamente positivo. El incomparable don artístico de Nietzsche es el don de su llama, que nos tiene jadeantes y nos impide el reposo.

Aquí se tiene presente que el mérito de Nietzsche estriba en recorrer el sendero de lo intransitado; en que sale de un camino que durante muchos siglos ha orientado el pensamiento de Occidente. Nietzsche cree en el porvenir de su filosofía; se concibe a sí mismo como un destino y una necesidad histórica. No en vano el subtítulo que le da a su autobiografía *Ecce Homo*: “Por qué soy un destino”. Pero no es su vanagloria lo que le lleva a afirmar esto: solamente realiza de manera expresa lo que se había preparado ya como nihilismo europeo: el sinsentido, la desvalorización de los valores supremos, el oscurecimiento moderno y, por ende, el carácter ambiguo de nuestro tiempo.

Finalmente, debe quedar abierta la pregunta de si Nietzsche con su proyecto, plasmado en el icono de Zaratustra, llegó a abrir realmente una nueva dimensión o fracasó en el intento de vencer a Dios

y superar el nihilismo. La respuesta puede darse de una u otra manera, pero cualesquiera que sean las explicaciones, ninguna podrá negar, ni dudar, de su mérito al haber penetrado, más que ningún otro pensador antes de él, en la zona más allá de Dios, y, encontrar el cosmos en esa nada.

Bajo esta mirada y sólo bajo con reservas, se puede hablar del legado de Nietzsche a la humanidad. Hechas estas consideraciones, dejamos a otros, y sobre todo al futuro, el juicio definitivo sobre la ética de un inmoralista. LC

BIBLIOGRAFÍA

- Fink, Eugen (1976), *La filosofía de Nietzsche*, Madrid, Alianza Editorial, [Trad., Andrés Sánchez Pascual].
- González, Juliana (1996), *El héroe en el alma*, México, UNAM.
- Nietzsche, Friedrich (1984), *La gaya ciencia*, Madrid, Sarpe.
- ____ (1992), *Así habló Zaratustra*, Barcelona, Planeta-Agostini, [Trad., y notas Juan Carlos García Borrón].
- ____ (1996a), *Ecce Homo*, Madrid, Alianza Editorial, [Introd., trad., y notas Andrés Sánchez Pascual].
- ____ (1996b), *La voluntad de poder*, Madrid, Edaf.
- Sagols, Lizbeth (1997), *¿Ética en Nietzsche?*, México, UNAM.